

MEMORIAS
MEMORIAS

4

La intimidad personal Infinitud, misterio y morada*

Luis F. Fernández Ochoa**

Dos de los aportes más significativos de la filosofía contemporánea son: el descubrimiento de la vida, como tema filosófico,¹ debido, sobre todo, a Dilthey (1833-1911) y desarrollado en el ámbito hispánico por don José Ortega y Gasset y don Julián Marías, y el tema de la persona,² que aunque hunde sus raíces en la reflexión de los padres de la Iglesia y en Boecio (480-525), llega con Mounier y, sobre todo, con los cultivadores posteriores del personalismo a convertirse en un tema de capital importancia para la antropología

*Ponencia presentada al II Congreso Philosophia Personae, sobre “Una Antropología para el Siglo XXI. La Filosofía Personalista”, realizado en Bogotá D.C, octubre 4 al 8 de 2010.

**Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Pontificia de Salamanca. Director de la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor de Antropología Filosófica y Filosofía Moral. luis.fernandez@upb.edu.co

1 Cfr. Marías, Julián. *Razón de la filosofía*. Madrid: Alianza, 1993. Impreso. pp. 100-104.

2 Cfr. Marías, Julián. *Antropología metafísica*. Madrid: Alianza, 1983. 224. Impreso; Marías, Julián. *La mujer en el siglo XX*. Madrid: Alianza, 1982. 236. Impreso; Marías, Julián. *La mujer y su sombra*. Madrid: Alianza, 1987. 214. Impreso; Marías, Julián. *Mapa del mundo personal*. Madrid: Alianza, 1994. 2906. Impreso; Marías, Julián. *Persona*. Madrid: Alianza, 1996. 177. Impreso.

filosófica, la ética y la bioética personalista comprometida rotundamente con la dignidad de la persona humana.

Uno de los temas más profundos e interesantes que han estudiado los personalistas es el de la *intimidad personal*, al cual quiero referirme partiendo de los estudios antropológicos de Julián Marías y, tangencialmente, de Romano Guardini.

El problema que nos proponemos explorar nos pone frente a la inconmensurabilidad de la realidad personal, de eso que Julián Marías llama el “arcano de la persona”, lo que significa que no es fácil conocerse a sí mismo, que eso que la persona es resulta elusivo o evasivo y hay que perseguirlo con persistencia, porque si no se indaga por esa *mismidad* en la que reside la persona puede permanecer oculta.

La persona se manifiesta a través de la corporeidad, pero puede suceder que esta forma de patencia se imponga con tal fuerza que entorpezca la visión de la completitud del hombre y se piense que es solo exterioridad. Pero puede ocurrir también una ocultación inversa, pensar que la persona consiste en su interioridad, con olvido de esa corporeidad que, esencialmente, le pertenece. Hay, pues, una ocultación de la persona por atención exclusiva a su interioridad y otra a su corporeidad.³ Ambas posturas son igualmente reduccionistas.

Si nos instalamos en la forma de realidad en que consistimos descubrimos el *quien* que somos, y, ordinariamente, ese descubrimiento se hace a la luz de ese otro quien que se impone a nuestra evidencia como un tú. Ese quien, tanto el ajeno como el propio, son encontrados e imposibles de negar, a no ser que se los elimine a causa de una asunción impropia de la racionalidad instrumental, que pretenda aplicar a todo el conjunto de conocimientos procedentes de las cosas, con lo que se estaría violentando esa forma de realidad que nos impone y que, si se entiende la filosofía como “visión responsable”,⁴ no podemos pasar por alto.

3 Cfr. Marías, Julián. *Persona*. Madrid: Alianza, 1996. 47-53. Impreso.

4 Cfr. Marías, Julián. *Persona*. Madrid: Alianza, 1996. 61. Impreso.

Pero, aunque lo personal es indubitable, suele presentarse como un arcano, un misterio, un interrogante y un problema. Dicho de otro modo, a la persona le pertenecen, por igual, la *presencia* y la *latencia*. Por eso hay un elemento de *sorpres*a en el encuentro con la persona, incluso con la que cada uno es. La interrogación, la posibilidad y la apertura son inseparables de la condición personal y hay que introducir las en la noción de "ser", cuando se va a hablar del ser del hombre, para evitar que, al plantear la pregunta antropológica, se deslice la noción de "algo", que choca frontalmente con la condición personal, en cuanto la persona se realiza *viviendo*. Por eso, para comprender el ser de la persona humana hay que incluir la distensión temporal, la presencia paradójica del pasado y el futuro, que, únicamente, se entiende en forma dramática, como *argumento* que requiere memoria y anticipación, algo que no corresponde al ser de las cosas.

Con base en lo anterior, según Julián Marías, la persona carece de *identidad* y consiste en *mismidad*: "yo soy yo mismo, en continuidad y permanencia, irreductible a cada acto o vivencia; y otro tanto puede decirse de ti, que eres igualmente *tú mismo*" (*Persona* 63). La vida humana es *biográfica* por cuanto es susceptible de ser narrada, porque consiste en una realidad que acontece, a la cual pertenece la temporalidad, y no solo porque, como todo lo real, esté en el tiempo, sino porque el tiempo es su sustancia. Pero esto no significa que la vida se limite a acontecer o que sea una serie sucesiva de momentos que pasan. En efecto, el tiempo pasa pero a la vez queda, se queda en nosotros. A eso es a lo que Unamuno llama "intrahistoria", que es la *conservación* de la vida como memoria de un pasado recordado, que se puede narrar desde los proyectos, por lo tanto, no en función del pasado, sino del porvenir. Por eso, el tiempo humano no es apenas sucesión sino *configuración* y proyección.

Que mi vida sea configuración significa que es *posesión*, así sea fragmentaria e imperfecta. Yo quedo en posesión de lo que me pasa. Por eso,

Romano Guardini dice que la persona es el ser que se autoposee,⁵ que consiste en la pertenencia a sí mismo,⁶ aclarando que dicha pertenencia no es absoluta:

“yo me pertenezco a mí mismo, pero en Dios”.⁷ Esa autoposesión se realiza en la conciencia de ser “yo” y en relación con ese otro que eres “tú”, por tanto, de modo dialogal o, dicho de otra manera, con un dinamismo relacional. (Guardini 34)

Yo soy siempre el mismo, pero nunca lo mismo. Por eso dice Marías que la persona carece de identidad. Desde luego, en mí hay una forma de permanencia, pero diferente al modo de permanecer de las cosas. Lo permanente en mí es el *despliegue*, y este va quedando en mí como “experiencia de la vida”, como decantación de la vida cotidiana, en la que no solo cuenta lo que “me pasa” sino, sobre todo, ciertas experiencias particularmente relevantes que operan como verdadero principio de individuación. Pero las experiencias son de muy diversa índole y alcance: las *experiencias radicales* configuran y constituyen mi vida, en cambio, las *experiencias eventuales* la concretan y la completan, sin ser necesarias.

La primera experiencia constitutiva es envolvente y constituye la primigenia forma de encuentro interpersonal: es el encuentro de la madre y el padre. Gracias a ella se tiene, normalmente, la primera noción de compañía, de amor, seguridad, respeto, temor, afirmación y estímulo, y también de aquí brotan los modelos de varón y mujer, y de las relaciones entre ambos.

La segunda experiencia es el encuentro de uno mismo con su contorno y con su propia realidad, que suele darse en la pubertad, que es cuando se empieza a vivir no desde la familia, sino desde uno mismo y se revalidan

5 Cfr. Guardini, Romano. *Mundo y persona*. Madrid: Encuentro, 2000. 32. Impreso.

6 Cfr. Guardini, Romano. *Mundo y persona*. Madrid: Encuentro, 2000. 109. Impreso.

7 Cfr. Guardini, Romano. *Cristianismo y sociedad*. Salamanca: Sígueme, 1982. 34. Impreso.

los afectos y las estimaciones recibidas, aunque es frecuente que las vivencias familiares sean sustituidas por las de un grupo que ejerce, por lo general, un imperio mucho más fuerte. Otra experiencia capital, quizás no la tercera en orden cronológico, es el descubrimiento, primero, de la *condición sexuada*, como polaridad convergente hombre-mujer, y, luego, de lo específicamente *sexual*, como referencia explícita recíproca varón-mujer y como cualificación enérgica de mis proyectos vectoriales. Esto culmina con otra experiencia radical: la aparición del amor, que se convierte en horizonte de la convivencia.

Viene luego la vivencia de la madurez, en la que se tiene una doble sensación, de *posesión* y de *renuncia*, porque se está en mejores condiciones para tomar posesión de uno mismo y se tiene una impresión de relativa estabilidad, aunque también se experimenta cierta limitación y se sabe que ya no se harán algunas cosas que antes parecían posibles. Llega, asimismo, el descubrimiento real de la muerte ajena, que, hasta cierto momento de la vida, es algo bastante abstracto, pero que, a determinada altura de la vida, se impone como algo con lo que hay que contar, tanto en el caso de aquellos que están profundamente vinculados a mí, como por la expectativa de la muerte propia, lo que trae consigo el problema de la significación y del destino ulterior. La última experiencia constitutiva es el descubrimiento del *mal* (lo negativo, que simplemente sobreviene) y de algo conexas, la *maldad*, que es el mal querido por sí mismo, provocado y no simplemente aceptado (Marías, *Razón* 168).

Las *experiencias eventuales*, en cambio, son de suyo, irregulares, aunque algunas en virtud de su frecuencia e intensidad se incorporan a la vida y completan al principio de individuación. A guisa de ejemplo señalemos entre las experiencias personales la maternidad y la paternidad, la culpa, el pecado, la enfermedad, la invalidez, la prisión, la humillación, la degradación, el sacrificio o disposición a *dar la vida* por algo o por alguien y la vivencia de Dios. De otro lado, entre las experiencias colectivas la guerra y la revolución. Todas estas experiencias influyen hondamente en la configuración de mi biografía.

Lo anterior, nos permite comprender que “en el análisis de la realidad humana hay que incluir, no solo los datos de su condición somática y psíquica, sino los rigurosamente personales, argumentales [y] biográficos” (Marías, *Razón* 168). Una antropología digna de este nombre no puede olvidar las experiencias de la vida, porque ellas determinan *quiénes somos*. De esta manera, el principio de individuación no proviene de la naturaleza sino de lo que hacemos y lo que nos pasa, es decir, del *dramatismo* de la vida. Es por este motivo que comprender quiénes somos, o sea, para dar con nuestra *intimidad*, lo mejor es acudir al *método narrativo* que reconstruye la fluencia de nuestra vida, por eso acertó Unamuno, cuando empujó sus “nivolas”, sus novelas entre nieblas, al “decir” (nunca para definir) lo que la persona es y para contar las relaciones humanas capitales. Miguel de Unamuno dio el primer paso, contó la vida personal, luego Julián Marías elevó esa visión narrativa a una teoría en la que aspiró a la universalidad sin renunciar a la concreción individual.

Toda esta reflexión busca saber lo que *últimamente* soy, entender mi realidad más profunda, la *intimidad personal*, esa “infinitud que impide dar por concluida a una persona y así une a ella un reducto de misterio” (Marías, *Persona* 75). En otras palabras, buscamos ir más allá de las cosas de las que vivimos rodeados y superar las ocultaciones que sobrevienen a la persona, principalmente, por causas sociales. Para ello, intentamos entrar en nosotros mismos, para descubrir que vivimos no solo en el mundo exterior, sino, a la vez, en el interior: recuerdos, imágenes, ideas, creencias, imaginaciones, deseos, proyectos, ilusiones, esperanzas y quizás remordimientos, temores y conflictos. Este repertorio, que constituye mi mundo interior, me permite concluir que soy una realidad irreductible a las cosas y a las demás personas, y que me es propia una *unicidad* que va más allá de la individualidad de cada cosa.

Entrando a nuestro mundo interior y descubriendo su riqueza es posible advertir la insuficiencia de la visión *sustancialista*, en la que el hombre aparece

como una cosa, y de la visión *funcionalista*, que lo disuelve en el conjunto de sus actos y vivencias. Desde luego, la persona es una realidad sustancial, pero hay que cuidarse de identificar sustancia con cosa y de no pensarla como sustrato (*ousía*) sino como contenido o “consistencia” (*hypóstasis*) de la realidad.

La consistencia de la realidad personal está formada por su ámbito circunstancial, su corporeidad, sus quehaceres y experiencias, y, sobre todo, por la *elección* de sí mismo, por la escogencia de *quién es* y *quién quiere ser*. La consistencia de la persona es el fondo de sus posibilidades e imposibilidades biográficas, aquellas que coinciden con su proyecto último o radical que es la *clave* de esa persona.

Cuando me yo me elijo a mí mismo con decisión me convierto en una “persona sustancial” y, por ello, mis actos brotan como de un centro que los articula. Ese centro lo voy forjando yo mismo a medida que ingreso a la residencia de mi propia intimidad, en la cual se toca fondo respecto a *quién se es*. En otras palabras, ese centro lo voy construyendo mediante el *ensimismamiento* habitual. Por el contrario, si mi opción biográfica no obedece tanto a los llamados de mi interioridad, como a las vigencias sociales y a los afanes cotidianos yo viviré en una constante *alteración*, mis actuaciones serán excéntricas y carentes de unidad, y me convertiré en una “persona insustancial”. Esto nos descubre que los dos criterios de la perfección de una persona son la *intensidad* y la *autenticidad*.⁸

Lo que hace posible que uno pueda vivir intensa y auténticamente es la *ilusión*, entendida no como ficción o engaño y ni siquiera como entusiasmo o alegría, sino como “realización proyectiva del deseo con argumento”.⁹

La ilusión es la manera de *comprender desde dentro*, desde la intimidad, no de un modo meramente conceptual. La ilusión es ingrediente de toda vocación

8 Cfr. Marías, Julián. *Persona*. Madrid: Alianza, 1996. 95. Impreso.

9 Cfr. Marías, Julián. Breve tratado de la ilusión. Madrid: Alianza, 1984. 57-62. Impreso.

auténtica y es la forma de la intensidad y la plenitud de la vida personal. Su raíz última es la condición amorosa, rasgo esencial de la persona. “Esto nos lleva a pensar que se es persona en la medida en que se es capaz de ilusión” (Marías, *Persona* 113) y en que yo puedo salir de mi aislamiento para “habitar” a otras personas y para que ellas me puedan “habitar” a mí.

Julián Marías acuñó el concepto *interpenetración de personas* para referirse a esa forma de convivencia que consiste en habitar y ser habitado por otra persona como yo. Al decir “habitar” se refiere a la “vida interior” de la persona y en forma superlativa a su “vida íntima”,¹⁰ o sea, a sus recuerdos, imaginaciones, deseos, sentimientos, nostalgias, expectativas e ilusiones. Todo ello reposa en mi fondo personal y a él no solo puedo entrar yo sino que en él puedo recibir a otros. Yo puedo retirarme transitoriamente del mundo exterior para ingresar a esa *morada* que tengo “dentro”, para estar conmigo mismo; y como soy *apertura* en ese “uno mismo” puedo estar “con” con otras personas en las que confío, en una relación profunda, íntima, en radical convivencia, en una convivencia que no rompe la soledad requerida para permanecer dentro de uno mismo sino que intensifica la *mismidad*.

La relación más auténtica con otras personas se realiza con frecuencia en estos niveles abismales. La amistad verdadera y el amor acontecen en la intimidad, en las profundidades de la vida personal, en la trascendencia recíproca de los ensimismamientos hacia la interpenetración de las mismidades o comunión interpersonal, en la que ambas personas se hacen transparentes y se alcanzan a comprender, como si cada una poseyera la “clave” de la otra, quizás por eso escribió San Agustín: “*In interiore homine habitat veritas*” (72). Por eso, porque en la interpenetración se encuentran de corazón a corazón dos realidades personales, es por lo que Julián Marías ha dicho que el amor es una relación *doblemente personal*.¹¹

10 Cfr. Marías, Julián. *Persona*. Madrid: Alianza, 1996. 41. Impreso.

11 Cfr. Marías, Julián. *Persona*. Madrid: Alianza, 1996. 43. Impreso.

La amistad, en este sentido riguroso, es el encuentro de dos personas como tales. Cada una se pone en presencia de la otra y mutuamente se hacen compañía, entendiéndose con media palabra o, tal vez, en silencio, sin destruir el ensimismamiento del otro. "Por eso la amistad tiene una posibilidad de *remanso* en que la vida se aquieta y sedimenta" (Marías, *Mapa* 109-110). El temple amoroso produce, por un lado, la afirmación de la unicidad, la irremplazabilidad y la permanencia de la persona¹² y, por el otro, su expansión y la comunicabilidad de sus circunstancias.

En conclusión, la vida humana supone una tensión, en parte deliciosa y en parte dolorosa: por un lado, el afianzamiento en la propia mismidad y, por el otro, la extensión de la zona personal y la interpenetración con el otro. Decimos que esta es una faena dolorosa porque, como escribe San Juan de la Cruz en el *Cántico espiritual*:

*Mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura. (633)*

"Presencia y figura" de ese *alguien corporal* que puede hacer *donación* de lo personal para construir proximidad y compañía, y para ser efectivamente la "criatura amorosa"¹³ intrínsecamente vertida a la convivencia, al nosotros, para dar y recibir mismidad.

Bibliografía

La bibliografía correspondiente se ha ubicado al final del libro

12 Cfr. Marías, Julián. *Mapa del mundo personal*. Madrid: Alianza, 1994. 136. Impreso.

13 Cfr. Marías, Julián. *La perspectiva cristiana*. Madrid: Alianza, 1999. 101-104. Impreso.